



COMISIÓN 1

Licenciatura en Comunicación Social

Índice

1. Lo planeado. Fátima Acevedo
2. Relato violento. Juan Aimale
3. El poder de las mujeres. Candela Amiconi
4. El poder de las mujeres. Brisa Arregui
5. Crisis del nido vacío, desde los ojos de un pichón. Segundo Bloom
6. Terrores Nocturnos. Florencia Camiña
7. El fantasma de Canterville. Daiana Cañete
8. Una triste despedida. Maira Carrasco
9. De reversa. Ramiro Ciampa
10. El poder de las mujeres. Fernanda Delavechia
11. Triste canción de amor. Juan Francisco Díaz
12. Una remota ventana donde pasa un pájaro. Luján Domínguez
13. Sin escape. Valentina Duran
14. El fantasma de Canterville. José Encina
15. Muerte inesperada. Magalí Espíndola
16. El poder de las mujeres. Maité Ferrón
17. El poder de la seducción. Valentina Gómez
18. ¿Qué era lo que realmente quería? Sofía Goncebah
19. Un ruego por la eternidad. Lucía González
20. Puercoespines. Rocío Magalí González
21. Lapso. Sebastián González Méndez
22. Creer o despertar. María José Grillo
23. Los días de los viajes en el parque. Vicente Jalil

24. Decisiones. Melisa Llaury
25. El barco. Lautaro Lugones
26. Más tememos más queremos. Bautista Maitini
27. Horizonte extraviado. Laura Melo
28. Viaje por los bosques de la mente. Carola Molina
29. Una trágica escena. Natalia Mora
30. ¿Mi peor miedo? Constanza Nicrosini
31. Una luz infinita. Paula B. Ojeda
32. Extraños que ríen. Rocío Olivera
33. Propósitos de vida. Axel Pereyra
34. La mujer también es un ser humano. Valeria Poiré
35. Persecución. Inti Puchetta
36. Seamos tres en el entierro. Mara Quiroga
37. Un cigarrillo y un café. Javier Esteban Ramírez Beltran
38. Parálisis. Justina Rodríguez Grau
39. Un viaje para el olvido. Valentina Scalcini
40. El poder de las mujeres. Antonella Urralburu
41. Temprano desconcierto. Delfina Venece
42. Campamento abandonado. Nazira Viera Bañay
43. Corazón de telgopor. Jesica Villalba
44. Percibir todo. Ángeles Zarate

Lo planeado

Fátima Acevedo

Se escucha un ritmo muy agradable, logro identificarlo, suena Queen, pasan varias canciones, las más escuchadas por mí. Luego se pasa a un ritmo másailable, suena reggaetón. Queda la música de fondo y comienzo a prestarme atención a mí, a quien o que está a mi alrededor. Tengo puesto un jean y una camisa negra casual, como cualquier otro día. Me encuentro en un lugar pequeño, cerrado y oscuro, no me gusta nada. El ambiente se siente cálido. Indudablemente hay calefacción, y es interrumpida por fugaces ráfagas de viento frío. Es invierno, lo sé, mi época favorita en la que hago lo que me gusta y de manera casual, cuando también ocurrió mi muerte.

Mis amigas seguramente salieron de sus casas para venir conmigo sin problema ya que aman el frío, en cambio mi hermana protestó al ponerse mucha ropa e igual sentir frío al salir. Se encuentran todos allí, en una pequeña habitación a causa de mi muerte, con todos me refiero a mi familia y amigos cercanos.

Noto que se acercan al cajón en el que me encuentro. Siento luz, lo abrieron, gracias. Me tocan, me hablan, se hacen chistes, quizás no tan chistosos y con cierto tono de pesadez y pena, pero igual no dejan de hacerlos. Hablan y ríen mucho, escucho la voz de cada una, mi familia intercambiando comentarios con mis amigas, como en cada juntada se habla de recuerdos inolvidables y pavadas.

Ahora que me encuentro en este momento, noto lo bien que hice en disfrutar de cada una de ellas, de cada instante compartido, de haber creado tantos recuerdos felices, divertidos y haber tenido pequeñas discusiones, habladas y perdonadas.

Ya sintiéndome desvanecer, viendo oscuridad y dejando casi de sentir percibo a mis amigas acercándose a mí. Todas me agarran y comienzan a cantar y saltar, haciéndome sentir un poquito más. De fondo, entre sus voces, sonaba Killer Queen. Terminan de saltar y gritar, me dan un beso cada una y alguna que otra palabra de despedida, luego sigue mi familia, la cual también me besa. Ya sobre lo último que puedo sentir, escucho pequeños sollozos.

Espero lloren poco, espero me recuerden siempre feliz.

Gracias por este funeral vivido, gracias.

Relato violento

Juan Aimale

Aún no asomaba el sol, la mañana era oscura y una espesa capa de neblina disminuía la visión en la ciudad. Comenzaban a sentirse motores y bocinas que indicaban que el día estaba comenzando en La Plata. La gente se iba acercando desde temprano a los edificios públicos para realizar velozmente sus trámites y seguir su mañana.

En la fila para entrar al Banco Nación, se encontraba, aguardando la apertura, un reconocido empresario de la construcción provincial, con un aspecto impecable, pantalón de vestir y saco negro, camisa blanca y una gruesa capa de cera en su cabello. Detrás de él se ubicó una mujer, oriunda de City Bell, casada con un futbolista de Boca, vestida con el último grito de la moda y con una actitud soberbia que destilaba odio de clases.

Aparecieron también un diputado provincial, listo para ir a la Legislatura lo más pronto posible, con su elegante camisa, corbata y campera Columbia. Junto a él, llegó una monja de un convento, vestida de sotana y muy abrigada debido al frío y a su adelantada edad. Por último llegó una mujer de unos 40 años, que venía de un barrio muy pobre a retirar el dinero de un subsidio. Ella tenía las vestiduras sucias y rotas, el cabello lucía desaliñado y llevaba encima una gran canasta de bizcochos para vender en avenida 7 y así llegar a fin de mes.

Como faltaba mucho tiempo para la apertura del banco, la señora debía inventar algo para no perder tanto tiempo y no tener un día sin vender todo. Primero pensó en pedirle a la monja que le guardara el lugar e ir a recorrer la zona para volver luego, pero lo descartó enseguida. Finalmente, tuvo la brillante idea de venderle sus productos a sus predecesores en la fila y a su vez suplicarles porque le den su lugar privilegiado.

La primera fue la monja, que aceptó sin dudarle y le compró dos bolsas de bizcochos. El diputado se negó a comprar, pero sin embargo no titubeó en dejarla pasar. Pero la excéntrica mujer se negó a todo. La señora, acostumbrada e incrédula por la crueldad de la mujer, le suplicó por su colaboración pero ésta no cedió.

El tercer intento por adelantarse hartó a la mujer y ésta sacó un gas pimienta de su bolsillo y roció la cara de la señora, que se comenzó a revolcar en el suelo y a refregarse la cara. Todo el mundo corrió a socorrer a la señora mientras que un oficial apresó a la mujer y la llevó detenida.

El poder de las mujeres

Candela Amiconi

El despertador suena tan temprano que Ambar apenas puede abrir los ojos, cuando escucha que el *soundtrack* de “Friends” sale de su celular. Los números blancos que aparecen en su pantalla brillante indican que ya son las 7 y es momento de levantarse de la cama. Cualquiera pensaría que hoy es un día rutinario como cualquier otro, pero su mochila preparada con frazadas, mucho abrigo y bolsas de dormir no dicen lo mismo.

En *Twitter* se palpita la emoción. Es una noche especial y todo internet se tiñe de un solo color: verde esperanza.

Llega el momento de irse al colegio y su mochila cargada en los hombros con su pañuelo prolijamente acomodado en ella, dan cuenta de eso. La espalda le duele y el frío de pleno junio le pesan, pero no más que las ganas de luchar.

La mañana en el colegio pasó tan rápido que no tiene tiempo de relajarse o distraerse. Suena por fin el último timbre y ya se puede ir, tan apurada cómo ansiosa. A la estación de tren llega sola, aunque miles de mujeres invaden el lugar y la abrazan con un aire de sororidad que luego inunda los vagones.

La plaza del congreso y las calles aledañas están repletas. Ambar, definitivamente, ya no está sola, sus compañeras de militancia que, de un segundo para el otro, sin conocerse, ya son amigas, le comparten su comida, su café y sus brazos para contenerla. El llanto abunda pero predomina la alegría y la fuerza. Se respira lucha en todos lados.

Juana, su madre, la llama cada media hora, no solo para preguntarle cómo está, sino también para informarle cómo va el debate dentro del gran edificio. La cámara de diputados se polarizó, pero todo apunta a un resultado positivo.

Se acerca la mañana y nadie durmió todavía, pero ni el cansancio extremo puede ganarle a la fuerza de esa marea verde que arrasa con todo. Miles de mujeres traen a la capital un aire espeso de esperanza y compañerismo.

Son ya las 9 de la mañana, las calles están colmadas y, cuando parece que no entra un alma más, la ola sigue creciendo. Se está corriendo el rumor de un gran resultado.

Un grito de alegría inconmensurable rodea la plaza. 129 a favor, 125 en contra, 1 abstención. Media sanción adentro, es nuestra. De repente todo vale la pena.

El aborto va a ser ley, hoy es cuando.

El poder de las mujeres

Brisa Arregui

La lucha que se vive en la actualidad con respecto a la desigualdad entre hombres y mujeres no comenzó hace poco tiempo, sino que se viene llevando a cabo hace varias décadas. Esta lucha provocó una transformación y, no fue de la noche a la mañana, fue un proceso para que los derechos que no teníamos y nos pertenecían, sean otorgados. El derecho al voto, a tener las mismas condiciones de trabajo, a vestirnos como nos sintamos cómodas fue un cambio que tuvo un transcurso largo en el tiempo. Este desarrollo no fue sencillo, pero fue, es y será una lucha constante.

Hoy en día, seguimos presentes, las calles de las ciudades y países de América se colman de mujeres de pañuelos verdes y violetas. Paramos y marchamos para ser oídas, tomadas en cuenta y que nos vean yendo al frente. Los gritos que antes estaban ocultos y no eran escuchados ahora salen a las calles. Esta lucha está a la vista y es innegable que estamos más empoderadas que antes.

Las mujeres jóvenes, adultas y hasta niñas salimos a las calles unidas, fuertes y representando a aquellas mujeres que vendrán y también a las que ya no están. El poder que se viene construyendo hace décadas y que un sector de la sociedad no reconoce y quiere callar, hoy sigue vigente. Este se amplía cada vez más de la mano de las mujeres para acabar con los estereotipos de mujer que la sociedad nos impone desde que nacemos.

El poder de las mujeres, que no quieren ver, hoy está rodeándonos y hoy en día, el estar en las calles gritando por nuestros derechos no es un gesto pequeño, sino un gran empoderamiento.

Crisis del nido vacío, desde los ojos de un pichón

Segundo Bloom

Se escuchan los teros que desde lejos vienen a gritarme, y el camino de tierra árida me pica al golpearme en los tobillos. Me ensucia el viento seco que desde el sur viaja por los campos de La Pampa, y el sol de atardecer parece que quiere irse y dejarme solo.

Es obvio, no estoy solo. Pero subido a esa tranquera flaca y débil, que en cualquier momento podría quebrarse junto a algún hueso, busco desesperado la compañía.

Los caranchos me ilusionan como las gaviotas a los marineros al encontrar tierra, y hasta parece que los mosquitos se entrelazan con el zumbido de mis oídos. Una liebre me alerta, veo una línea de arena y tierra sin aparente dirección. Las rosetas incrustadas en mi pie me despiertan, me atan al piso. Me doy cuenta que es real y que mi mente de niño no me hace ver cosas.

Seco las lágrimas que parecen plomos de pesca, ya grises por la mezcla de polvo y mugre, y las desparramo por mi cara inútilmente. Corro ansioso y paranoico a esa neblina sucia pero con vida, con esperanzas que me saque de ahí, a donde sea.

Enseguida se vuelve contra mí, la tierra se hace cada vez a mayor altura, al punto de taparme el fondo. Golpea mis ojos, me lastima, no me dejar ver. Es obvio que no estoy solo, pero parece que quisiera estarlo.

En la desesperación, vuelvo a la tranquera y esa nube que parecía motorizada pasa frente a mí, ni se inmuta aunque le grite. Lloro y me apoyo en la varilla. No me dan las cuentas mentales para descifrar cuánto tardaría a pie, entonces me paralizo. Sigo sin ver por la mezcla de lágrimas y tierra en mi cara, en el piso lloro a ojos cerrados resignado. La tranquera se abre, me cargan brazos fuertes, y un motor arranca.

Será hoy la razón por la que vivo en la ciudad, porque resuena un “me olvidé de vos”, como yo al campo.

Terrores Nocturnos

Florencia Camiña

Todos sabemos que no pasa nada... Hasta que pasa.

Esa noche, Florencia, su hermana, su hermano y sus padres se encontraban en la casa. Ya era tarde, todos se habían ido a dormir.

Era común en esta familia el dejar el portón sin llave, o incluso dejar el auto estacionado en la puerta, en la calle, por simplemente no tener ganas de entrarlo. Su barrio era tranquilo, nunca pasaba nada allí, por eso mismo no se preocupaban.

Todos los integrantes de la casa tenían sueño ligero, pero esa noche nadie se despertó. Y el perro que ladraba al menos dos veces por noche, no ladró.

La habitación que Florencia y su hermana comparten es la que más próxima está al portón. A las 3 de la mañana, nuestra protagonista se despertó exaltada. Le pasaba lo mismo varias veces en la semana, ya lo consideraba común, entonces no le dio importancia al asunto e intentó volver a dormirse. Las cortinas de su habitación se encontraban levantadas. Ver que ocurría desde la ventana era el primer paso para volver a dormirse. Ella miró como la luz del sensor del vecino prendía y apagaba, vio bailar a las hojas del árbol de enfrente de su casa, y también a sus sombras, miró como uno de los gatos del barrio caminaba por su paredón.

Y por último, antes de voltearse hacia la pared, imaginó sonidos y figuras procedentes de la oscuridad. Esto era común, Florencia lo hacía todas las noches, pero esta vez los sonidos y figuras eran reales. Dos hombres se habían metido en la casa sin que nadie se diese cuenta y, mientras ella se volteó, ellos entraron sigilosamente a la habitación y sacaron a su hermana de la cama, sin ver que la niña que estaban secuestrando no dormía sola. No se llevaron a la otra niña porque no la vieron.

Las luces de la casa se encendieron, se empezaron a escuchar sollozos. Flor se despertó y sin dudarlo fue a ver lo que ocurría. Al llegar a la sala de estar se espantó: encontró a sus padres y hermanos en el piso, atados y con la cara llena de lágrimas. Ella intentó desatarlos y escapar pero la atraparon.

Como castigo la hicieron ver cómo era asesinada su familia, mientras gritaba y sollozaba hasta quedarse sin voz y sin lágrimas. Su pecho le empezó a doler, la estaban por matar.

Eran las cuatro y media de la mañana cuando Florencia se despertó horrorizada. Todo fue un sueño, sus familiares dormían tranquilos en sus camas. Entonces ella volvió a la suya e intentó volver a dormir mientras miraba la luz del sensor parpadear, al gato cruzando el paredón y las sombras de las hojas danzantes.

El fantasma de Canterville

Daiana Cañete

Virginia lo mira y no puede dejar de sonrojarse, en su cabeza no paran de llover ideas de todo lo que puede llegar a suceder en ese momento.

Él se le acerca intentando tomarla y ella, seduciéndolo, se aleja haciéndose desear, lo llama haciéndole señas con sus dedos y le susurra que sólo dejará tocarle una sola parte de su cuerpo, el fantasma elige su cuello, lo agarra, lo acaricia y rompe con la regla de sólo tocarla, se aproxima y se lo muerde de manera suave, no se aguanta la tentación y va bajando hacia sus pechos.

En el trayecto en el que él va bajando lentamente, ella lo detiene, pero a su vez le está gustando entonces le dio otra oportunidad y le propone que elija otra parte de su cuerpo, la tomó de la cintura, se tomó el atrevimiento y le deslizó sus manos subiendo hacia su espalda y volvió a tomarla de la parte que había elegido, aprovechó para levantarla desde allí y apoyarla contra el muro. Se pone detrás de ella, la toma de su cabello y le susurra al oído palabras con las que seguía convenciéndola a ceder.

Virginia no pudo resistirse más, estaba totalmente entregada a todo lo que sucedía y se dejó llevar, cerró sus ojos y a partir de ese momento su juego erótico había terminado para pasar plenamente a la acción.

Una triste despedida

Maira Carrasco

El cáncer ya había avanzado, se produjo una metástasis. Estaba dormida y solo escuchaba a mi mamá llorar, me decía que ya no sufra, que todo iba a estar bien. Pero las esperanzas cada vez eran menos, ya no podían hacer nada. Ahora solo escuchaba a mi mamá decir que esté tranquila y me deje ir.

En un momento mi corazón dejó de latir, sentí como me despedí de mi cuerpo. Me veía acostada en una camilla llena de tubos y médicos a mi alrededor, tratando de reanimarme, pero yo me había muerto.

En los pasillos del sanatorio estaban mis familiares y amigos, los veía a todos llorando, yo solo quería decirles que estaba bien y que estaba ahí con ellos, pero no podía. Tampoco entendía mucho lo que estaba pasando, ¿por qué yo podía verlos y ellos a mí no? ¿Era mi espíritu?

Luego llevaron mi cuerpo a un lugar donde hacía mucho frío, estuvo horas. Hasta que lo colocaron en un cajón, con una ropa diferente a la que yo usaba, era como una túnica blanca. Seguí mirando a mi alrededor, estaba en una casa velatoria. Mi mamá y mi hermano no se movían de al lado del cajón, mi papá estaba más alejado, como en *shock*. También estaba mi abuelo, Lito su apodo con el que todos lo conocen, se sentía muy triste. Yo era muy cercana a él, todos los días iba a visitarlo, no pasaba un día sin verlo. Era una de las personas que más quería, de mis favoritas. Me sentía tranquila porque todas las veces que tenía oportunidad le recordaba lo mucho que lo quería.

Mis tíos, primos y mi primita, que era como mi hermana menor, los veía llorar mucho. Pero de a ratos se acordaban de anécdotas que habían vivido conmigo y se reían con lágrimas en los ojos. Eso quería decir que les había dejado una huella y momentos lindos que siempre iban a recordar.

Ya habían pasado cinco horas, los de la funeraria les anunciaban a mis papás que tenían que despedirse de mi cuerpo y llevar el cajón al auto. Fueron pasando de a pocos, los primeros fueron mis amigos y amigas, entre ellos estaba mi mejor amiga, era como una hermana. Nos conocíamos desde los 6 años. Intenté abrazarla, en ese momento ella sintió que yo estaba ahí. Después mis familiares algunos que no veía hace mucho tiempo, la última vez fue en el funeral de mi abuela, hace tres años atrás. ¡Qué loco! Siempre se presentan en momentos tristes, sólo para despedir a alguien.

Por último, pasaron a despedirse mis papás y mi hermano, solo quería abrazarlos, fue muy fuerte verlos tan tristes.

Llegó el momento, llevaban mi ataúd al auto para trasladarlo al cementerio. Allí solo me dejaban y en tres días retirarían mis cenizas. Ya que era lo que yo había pedido antes de morir.

Habíamos llegado, entramos todos como en un cuarto, sentí a que tocaban el cajón y me decían cosas, como “te quiero”, “te vamos a extrañar”.

Mamá fue la última, ella me dijo “te amo hija, que descanses en paz”, y en ese mismo momento, no pude sentir más nada.

De reversa

Ramiro Ciampa

Estaba caminando por la ruta 7, que conecta Uspallata con Mendoza capital, y ningún auto que pasaba quería levantarme. El teléfono me mostraba casi las tres de la tarde, y los treinta y seis grados se hacían presentes. Hacía horas caminaba, con las piernas ya cansadas, parecía que volvía de un triatlón, y después de putear y estar a punto de perder la esperanza, un auto frenó.

Era modesto, esos que no sabés si son *vintage* o una chatarra pura, una pieza de colección o chapas oxidadas superpuestas arriba de cuatro gomas. Antes que nada, estaba bien pensó.

- Hola maestro, qué suerte que tengo – le dije.

- ¿Qué hacés pibe? – me dijo. No parecía tan agradecido como lo estaba yo.

El primer indicio que predijo que iba a tener una tarde jodida, fue cuando a las tres cuabras se apagó el auto. El tipo tenía acento nativo, correntino tal vez, pero con rasgos orientales, un ponja encubierto. En ese momento, bajó del auto y abrió el capot para solucionar no sé qué cosa. Yo permanecía sentado, o más bien caído en el asiento, que ya sin resorte alguno me hundía al andar.

Pudimos seguir el viaje, pero ahora eran los cambios, que con alma rebelde se negaban a entrar en la caja. Ni él ni yo pronunciábamos palabra, nuestra velocidad máxima era 32 km/h, y mi indignación y rabia eran delatadas a través de mi cara. Y fue mi pregunta que hizo que me echara del auto;

- ¿Por qué no mete reversa así aceleramos el paso?

El poder de las mujeres

Fernanda Delavechia

Actualmente, a través de las luchas y la concentración feminista en las calles, se pudo notar esta ruptura y cambio de paradigma para la vida de las mujeres en la sociedad. Este desequilibrio y desigualdad que por décadas persistió en la sociedad con ayuda de este quiebre marcó la transformación en una nueva generación más equitativa entre hombres y mujeres, aunque no podemos mentir en que aún hay prácticas y acciones tan arraigadas social y culturalmente que va a costar deconstruirlas.

Es necesario entonces mencionar cómo Fox Keller en su libro *Reflexiones sobre género y ciencia* nos muestra que estos mitos subterráneos adquiridos desde que nacimos se mantienen en este cambio, y hace hincapié en la diferenciación del pensamiento que se tiene respecto al género femenino en la ciencia. El propósito que tiene ella con esta investigación es buscar una ciencia que no sea nombrada por género sino que permita la supervivencia de diversas conscripciones de mente, naturaleza y que ambas partes puedan tener igual reconocimiento.

Esta diferencia de género pensada tradicionalmente nos lleva una vez más a recordar las humillaciones que ha sufrido la mujer a lo largo de estos años.

Hoy en día, el poder y la voz que tomó la mujer en el mundo, no solo en Argentina, impactó en los movimientos y organizaciones feministas que no sólo agrupa a las mujeres sino también a las disidencias con muy poca visibilidad.

Se suman al reclamo por la igualdad de derechos, erradicación de violencia de género y la legalización del aborto.

Este grupo masivo impulsó a que hoy en día muchas jóvenes tengan conciencia sobre las problemáticas vigentes. Y que en cada marcha, movilización, estén reclamando por ese cambio que es necesario para las generaciones futuras.

La voluntad de encuentros de estas mujeres y disidencias sin duda fue puntual para marcar esta ruptura de la que venimos hablando y que modificó la estructura de vida de cada comunidad, y planteó la posibilidad de hablar que tiene hoy en día sobre las problemáticas que afectan.

Este cambio denotó inevitablemente la manifestación de que nadie más que este pueda decidir sobre el cuerpo mismo y que todes deseemos tener derecho a vivir en condiciones de bienestar.

Triste canción de amor

Juan Francisco Díaz

En 2014, a principios de este, comencé un nuevo año en la misma escuela de siempre, pero en un nuevo curso con compañeros y compañeras que en su mayoría eran desconocidos para mí. Al entrar al aula, me senté con uno de los pocos chicos que conocía, y desde allí observé a las personas que había y a quienes llegaban. Entraron dos chicas, en ese momento ninguna llamó mi atención, en especial por la rapidez con la que lo hicieron y se sentaron en el fondo del salón.

Al día siguiente, llegué tarde al colegio, y como había un solo lugar me senté junto a una de las chicas que había visto la clase anterior, hablamos y nos reímos bastante, así que empezamos a estar juntos más tiempo. Al pasar unas semanas, nos hicimos buenos amigos, y su amiga, la que había entrado con ella el primer día, se sentaba al lado nuestro. Era quien más interés me generaba, era de estatura baja, cabello castaño y muy divertida.

A fines de ese año, ella y yo nos veíamos seguido, pero sin ser nada más que amigos, pasándola muy bien y siempre haciendo cosas juntos, sin embargo no quería una relación porque ya tenía planeado dejar Bahía Blanca para venir a estudiar a La Plata, y no iba a poder dejarla en el momento en el que me tuviera que ir.

Una remota ventana donde pasa un pájaro

Luján Domínguez

Siempre se repite, en bucle, como si estuviera subiendo una escalera sin fin, sin nunca poder llegar al próximo piso. Sabía los movimientos que tenía que hacer, se diagramaron en su mente como un mapa en una pantalla. Pero volvía a estar atrapada una y otra vez en su propia casa, donde se crió y vivió todos los momentos de su vida.

Alguien la estaba siguiendo y ella lo sabía, tenía que escapar de ese abrumador ambiente lleno de ruidos y caras de su memoria, parecía un laberinto en el que al final se encontraría a ella misma. Se encontró parada al borde de la escalera de su casa y justo a su lado estaba la puerta a su cuarto, el cantar de un pájaro la remontó a su infancia.

No se dio cuenta pero el tiempo pasó y pronto, se encontraría a ella misma caminando hacia el cuarto de sus padres, atraída por el dulce perfume de su padre y una brisa que entraba por la ventana del cuarto al que se dirigía, indicando que estaba abierta, que esa era la salida. Confió en su instinto y siguió caminando, ella veía en sus padres la solución, se escucharon risas que se desvanecían en el viento y la sensación de volver a casa, de un otoño cálido y un rayo de sol en su cara apareció en forma de ráfaga.

Al llegar al cuarto de sus padres, se sentó al borde de la ventana, estaba vacía, parecía que alguien había entrado y se había llevado sus buenos momentos, pero esa sensación de felicidad y encuentro que la recorría era inigualable. La sensación de que alguien la seguía desapareció por completo y al cerrar sus ojos un pájaro paso a su lado. Y luego, se subió a su mano.

Sus ojos se abrieron al ruido de la alarma despertándola para llevar adelante su rutina. El miedo desapareció y el pájaro cantante de las mañanas de hizo ver a través de su ventana

Sin escape

Valentina Duran

Como casi todas las tardes, Valentina se encuentra en su casa con su familia. Están en el comedor merendando mientras miran televisión y hablan de aquel programa de entretenimiento. Hasta que un fuerte ruido que proviene de la calle los sorprende; rápidamente la joven sale a la vereda de su vivienda. Queda atónita al ver como un grupo de hombres uniformados asesinan a sus vecinos a sangre fría. No tiene reacción alguna, sólo siente miedo, nervios y desesperación, pero no puede reaccionar ante esta espeluznante situación. A los pocos minutos, deciden cerrar las puertas y ventanas de la casa y encontrar un escondite con su familia.

Mientras se encuentran escondidos, siguen escuchando tiros, además de gritos y llantos de desesperación. Estos hombres cada vez se encuentran más cerca, al instante llegan a la casa de Valentina y su familia. Golpean la puerta bruscamente tratando que se rompa y así poder entrar para llevar a cabo su misión.

Finalmente, logran acceder, la muerta de madera quedó destrozada y los vidrios de las ventanas están rotos, el suelo está cubierto de estos, mostrando así una habitación derrotada.

La familia se encuentra escondida por separado ya que no entran todos en un mismo lugar. Valentina está abajo de una cama, no pudo encontrar un escondite mejor. Mientras está allí escucha pasos cada vez más cerca, muerde su mano para no gritar y sus lágrimas le recorren las mejillas. Los hombres abren la puerta de su habitación, no logra parar de llorar en silencio y tampoco de temblar.

Al momento que la encuentran y están por dispararle, ella despierta. Era solo una horrible pesadilla, pero la sensación de temor aún sigue presente.

El fantasma de Canterville

José Encina

Virginia y el fantasma se quedaron atrapados en el bosque después de que le pidiera ayuda para morir y ella aceptase. Simón y Virginia apresuraron el paso; cuando llegaron al final de la estancia se detuvieron.

Virginia volvió a abrir los ojos y vio esfumarse el muro lentamente como la neblina y abrirse, ante ella, una caverna oscura. Con una sensación helada que los azotó, el fantasma se acercó y le dijo: “De prisa, o será demasiado tarde”.

Virginia, temerosa por la oscuridad que acechaba dentro de la caverna, no le quedó más remedio que arrinconarse entre las rocas. El fantasma, ante su reacción, dijo: “Ven, Virginia. Acercate, hace frío y está oscuro”. Ella se le acercó a paso lento y dudoso, por temor a lo que él era. Entonces Simón agregó: “Ven, no tengas miedo, sólo quiero mantenerte a salvo y darte calor”. Virginia se aproximó al fantasma y permanecieron allí hasta encontrar una salida para ella y la deseada muerte en paz para él.

En esa oscuridad y en ese destello por el acto de amor y deseo, el fantasma besó los suaves y delicados labios de Virginia, sellando así un amor secreto.

Muerte inesperada

Magalí Espíndola

Está oscuro, no puede moverse, y no entiende por qué. Siente un aire fresco, seco que recorre sus pies hasta su cuerpo, escucha el silbido de los árboles de las ramas moverse con mucha brutalidad; mezclándose con el ruido de los cables agitándose. Se oyen pasos incesantes que van de un extremo a otro.

Se pregunta “¿Por qué lloran? ¿Por qué están tristes?”. No entiende el motivo de sus tristezas, de sus llantos y lamentos.

Un día como todos los de rutina, Daiana se dirigía hacia la facultad donde estudiaba comunicación social. Esperaba en 7 y 47 para cruzar la calle y llega a la parada del colectivo 202. El semáforo estaba en rojo, y ella toda acurrucada, con los hombros fruncidos del frío, camina por la senda peatonal, no miró al cruzar debido a que los vehículos tenían la obligación de frenar. A mitad de cuadra, casi llegando al otro extremo de la calle, pasa a toda velocidad un auto color gris, con todos los vidrios polarizados. Al ir con gran rapidez, el coche la choca de costado, la levanta y golpea su cabeza contra el cordón de la vereda, haciendo que fallezca en el acto.

En el fondo de la casa, en un rincón se escuchaba la voz de la madre de Daiana discutiendo con Lizette, su hermana.

-¡Se pueden calmar, dejen de gritar que se escucha, ni cuando alguien muere paran de discutir!- dijo Guadalupe indignada.

-Perdón hija, pero tú hermana me discute en que no traiga un sacerdote y le haga el rezo, para que Daiana descanse en paz- dice la madre con gran tristeza.

- Daiana no era creyente, ni católica, ni nada. Ella no se acercaba a una iglesia por nada, creería que ni por nosotros, ni siquiera si una de nosotras falleciéramos, y lo sabes mamá – decía Lizette, cansada ya de discutir.

-¡Se calman! A Daiana la velamos en casa y mañana miércoles a las 9 se le entierra en el cementerio de La Plata- suplicó Guadalupe agotada, triste y con los ojos llenos de lágrimas.

El poder de las mujeres

Maité Ferrón

Cuánta revolución hay en tu mirada y cuánto puedes tener. Años en la lucha por la igualdad, por el respeto. El dejar de llamarnos “sexo débil”. No somos costilla de nadie.

Con experiencias similares porque algún hombre intentó propasarse. Aún nosotras, crecimos con películas donde reflejaban a la mujer incompleta, que necesitábamos de algún hombre que nos rescatara. Los regalos de cumpleaños repletos de nuevos maquillajes y *bijouterie*.

Sufrimos alguna vez por esa amiga a la cual el novio no la trató bien o le faltó el respeto. Somos las que pasan la ubicación cada vez que andamos solas en la calle, o cuando nos tomamos un taxi. Tan frágiles nos ven, y tan fuertes somos.

Enseñamos día a día que las mujeres no somos modelos de catalogo, somos valientes, guerreras. El decir no y que lo confundan con un sí, levantamos la voz cuando algo no nos gusta, nos parece injusto, nos defendemos cuando alguien nos pone la mano sin nuestro consentimiento. Somos independientes, tenemos la fuerza para salir adelante.

Me silenciaste, me objetivaste, me hiciste un insulto, me hiciste sumisa, me hiciste rival de mi propio género, me hiciste morir por bruja al querer aprender, me hiciste que ante todo fuera una dama, me censuraste. Ya no más, hoy queremos vencer al patriarcado por el que nos manipularon por años, por el que nacimos y nos criamos.

El feminismo representa una aventura colectiva para las mujeres. Una revolución que ya empezó, una visión del mundo. No se trata de oponer aquellos pequeños derechos adquiridos por los hombres, sino de dinamitar todo.

Luchamos por nosotras y por las que ya no están. Luchamos por el ayer que se tiñó de incontable sangre, por el hoy y por el mañana sin una menos. Porque vivas nos queremos, libres y sin miedo.

Y sobre todo agradecer a todas esas mujeres que pelearon por sus derechos, esos que disfrutamos hoy, y a las que luchan ahora por lo que aún no tenemos, pero tendremos pronto y que próximas generaciones disfrutaran.

El poder de la seducción

Valentina Gómez

Sus ojos, su mirada se perdió en la búsqueda; hubiera querido traspasar montañas, atravesar vertientes, posarse sobre las alas de un pájaro, como colibrí una gota de miel de sus ojos. En ella encontraba un recuerdo lejano, vacío en emociones y

ahora en sus sueños. Cada día deseaba permanecer dormida un ratito más, durante mucho tiempo.

Soñarse en aquellos brazos finos, largos y cálidos, como un recuerdo de café con leche por la mañana, su aroma y pureza. Abrir los ojos y toparse con la imagen de la mujer con quien debería permanecer hasta el fin de sus días, porque un pacto hicimos y no cumplí. Fantasma y mujer se miraban deslumbrados, no sabían hacia dónde dirigir su vista, si al cielo brillante, al verde y fuego que los rodeaba o a sus propios cuerpos, como si fueran tan reales, al cuerpo del otro, o a él quien con una sonrisa se alejaba, se apagaba, debía descansar en paz.

Frente a frente comenzaron a explorar ese nuevo mundo irreal que se les acababa de regalar para cumplir su única misión, descansar en paz eternamente. Aprendieron a escuchar la voz del otro, oler, tocar con suavidad, degustar la piel. Durante el encuentro ambos experimentaron la revelación de esa presencia que llevaban muy adentro suyo.

El paraíso había resultado un sitio de sueño, demasiado pequeño para ambos.

¿Qué era lo que realmente quería?

Sofía Goncebah

A los 15 años estaba transitando un momento crucial en mi vida, era un momento que había esperado por tres años aproximadamente, esta situación tan deseada era salir a bailar con la autorización de mis padres. Mi primera salida fue con una de mis mejores amigas, pasamos una noche excelente, bailamos hasta el punto en que el cuerpo no podía hacer otro movimiento.

Al paso de los meses, seguí yendo a los boliches, antros, bares con mis amigos y también con personas que había conocido en estos lugares mientras estaba disfrutando mi libertad. Un día como cualquier otro, estaba en la cama con la resaca de la madrugada y me llegó un mensaje directo por *Instagram*, era un chico que nunca había visto en persona. Me parecía lindo y cuando hablábamos había cierta conexión entre nosotros.

Pasaron un par de semanas y me invitó al cine, a lo que yo accedí. Empezamos a vernos con más frecuencia, a lo que una noche me pidió de ser su novia por *WhatsApp*, yo pensando que era una broma confirmé diciendo "Sí". Después de todo no era un chiste.

Estaba preocupada por mí y por sus sentimientos, ¿Cómo podía estar en una relación en la que realmente no estaba lista? Yo creía que le había tomado cariño ya que era un chico dulce y comprensivo. Luego de 5 meses de me fui de viaje con mi familia a Cuba. En el alojamiento donde estábamos conocí a un chico que se llamaba Alex, con quien estuvimos pasando dos días enteros juntos. Sentí que éramos compatibles e inclusive disfrutaba el momento sin pensar en qué sentía o qué le pasaba al otro, fue así que le fui infiel a mi novio, totalmente consciente. Esos últimos días de vacaciones tuve múltiples sentimientos encontrados, por un lado triste porque me tenía que despedir de mi amor de verano, y por el otro culpable por haber estado en una relación que realmente no quería.

Un ruego por la eternidad

Lucía González

Parece un día lluvioso, se siente un olor extraño, estoy cubierta por telas ásperas y no puedo moverme; después de un rato me doy cuenta que lo que está pasando es que es mi velorio pero no recuerdo cómo pasó.

Escucho a mi mamá desgarrada al lado mío, sosteniéndome la mano. Del otro lado mi hermano; a lo lejos se ve a mi papá caminando sin parar, y con él, mis otros hermanos y su mujer.

Empiezan a llegar más personas a lo lejos las puedo ver, pareciera que hay condición de vestimenta porque todo es muy monocromático, los colores van del negro al blanco y casi no hay excepciones. Se empiezan a acercar, algunas llorando, otras tristes y otras con sentimientos fingidos. Algunas de las personas que veo no entiendo qué hacen acá, es el caso de algunos compañeros con los que nunca tuve relación en secundaria pero por lo menos no se acercaron, solo saludaron a mis papás y a mis hermanos.

Siento que se acerca alguien, es uno de mis mejores amigos, pero no viene solo, sino con mi ex novio, qué hace acá me pregunto. Quisiera poder despertarme para echarlo a los gritos, pero estoy muerta.

Sigo viendo a mi mamá desgarrada al lado mío, y ahora están con ella mis dos hermanos mayores, mis tías y mis amigas cercanas; pero a lo lejos veo muchas personas que no entiendo qué hacen acá.

Veo que se acerca alguien pero solo siento un olor extraño, como a naftalina, cuando ya está al lado mío, me doy cuenta que es el cura del pueblo. No entiendo por qué si nunca creí en la iglesia. Empieza a rezar y cuando termina todos pasan a verme hasta que me dejan sola, llego el momento, voy a estar en la más extrema soledad y oscuridad de una vez y para siempre. Solo ruego que la eternidad sea real.

Puercoespines

Rocío Magalí González

¿Qué pasaría si no hubiese pasado nada ese 15 de septiembre? Quizás, hoy no tendría complejos, no tendría una sonrisa para cubrir mi inseguridad, ni me hubiese preocupado por lo estético, lo superficial. Ese día tuvo que suceder, tuve que escuchar esas palabras que iban a marcar para siempre, que dejarían una huella tan profunda en la experiencia que es la vida.

Gracias puercoespines por gritar tan alto, tan fuerte, con sonoridad. Hoy quiero vengarme de ustedes que generaron tantas noches de insomnio. Ustedes, puercoespines que aquel día lo hicieron destacado en la memoria selectiva, que lo convirtieron en el principio del infierno.

Ustedes, que quizás hoy no me recuerden, ni se acuerden qué fue lo que gritaron, tampoco de cómo lo tomé ni de cómo me sentí. Seguro no recuerden que quise esfumarme en cuestión de segundos, no lo recuerdan porque la memoria es así, y no fue más que un simple acto para su satisfacción efímera.

Con cada acto los recordé, con lágrimas brotando cómo manantial, con la culpa incesante a flor de piel, rememoré a cada uno de ustedes, que son como puercoespines que no se pueden tocar porque lastiman, sin siquiera haberles hecho algo, con alguna mala intención. Bellos traicioneros, tan tiernos, diabólicos.

El sabor dulce y placentero podría sentirlo únicamente si se me permitiera ver sus ojos cuajados de culpa cuando se les pague con la misma moneda. Cuando sientan en el pecho el dolor profundo, llenos de inseguridad detrás de sus acciones. Cuando su vida sea marcada de para siempre por un comentario, que los atormente cada minuto, cada momento y acción, cada pensamiento. Cuando la venganza sea como una cicatriz, que siempre queda la huella de que algo sucedió.

Cuando ustedes, malditos puercoespines, sientan que no entienden, que pregunten qué es lo que hicieron tan mal en sus vidas como para merecerlo. Recuerden aquel día que hicieron con un solo comentario, con tan solo un grito, que la vida de alguien cambie rotundamente. La memoria se va a encargar que no se olviden el grito arrasador que taladra el cerebro, la vida, las noches. Escuchen ese “morza” que resuena con eco doloroso.

Cuando sienta sus yugulares latir tan feroz entre mis manos, y vea cómo sus caras moradas, rogando con el poco aliento que les queda que frene, con sus últimas palabras mientras mis manos dejan de sentir lentamente sus latidos, y que solo es vayan al infierno con las voces repitiendo lo de aquel 15 de septiembre,

Con ese alivio que voy a sentir cuando no queden puercoespines cómo ustedes en la humanidad, y que sus voces dejen de sonar en mí una vez que sentí su miedo mientras dejaba de sentir su vida, sus latidos. Era bienvenido su perdón, el que no escuché ni en el último de sus segundos.

Lapso

Sebastián González Méndez

Es un día opaco, el cielo está nublado y el gris de este cada vez oscurece más. Se escucha un leve lamento, es de mi madre, quien de rodillas junto a un ataúd descansa la cabeza en la madera del cajón, mientras sus lágrimas caen por sus mejillas. De repente, empiezan a llegar otras personas, veo a mis abuelas, dos tías y mi tío, los otros dos no los logro identificar. Detrás de éstos, viene una señora con una bandeja en la cual carga varios vasos, es café, lo sé por su olor y el vapor que muestra la alta temperatura de este. Pero rápidamente otro incómodo olor se apropia del lugar, es de cigarrillo, que viene junto a mi hermano y mi padre, quienes acababan de entrar.

Mi abuela paterna saluda a estos últimos que entraron y coge un vaso de café, sal del salón y se choca con alguien, el líquido oscuro se derrama en su elegante vestido negro con visos blancos, pero la persona que va entrando sigue de largo sin pedir disculpas. Veo una botella de ron en su mano y se tambalea de lado a lado, reconozco su rostro, es mi amigo de toda la vida. Ya me acuerdo de todo, él fue la última persona que me vio vivo, no pude sobrevivir a la embestida del bus.

Ahora entiendo, es mi funeral y soy yo quien está en el ataúd.

Creer o despertar

María José Grillo

El cerebro en su estado, desata las riendas de la imaginación a sumergirse en lo profundo de la psiquis. Reconoce el encuentro con seres familiares, siluetas de colores extravagantes las definen y en lugar de rostro la proyección recreada de los que sería un degradé de grises, similares a una transmisión de televisión interrumpida.

Recrean voces claras que identifica, aún nada malo podría pasar, hasta que una de las voces le hace una pregunta y gira en torno a él, como si le interesase llamar su atención. Siente cómo el aire quiere mover sus cuerdas vocales, pero de ellas no se oyó nada, desatando la impotencia del ser a no accionar y en esa tensión el campo visual, tanto cómo auditivo, se distorsiona, derritiéndose y generando un clima tétrico. Su corazón latía con demasiada exageración, cada latido era como el control de distorsión visual.

Cada compás dejaba manchas o ensanchaba siluetas, sus voces variaban de tonos graves, escalofriantes, a los más agudos, insoportables para oír. De repente, sus ojos se abren expectantes y con una respiración acelerada, su alrededor era la habitación en la que yacía, sospechaba que el mal sueño había terminado, pero, a la hora de intentar mover, aunque sea un pie, un dedo de la mano, era imposible ejercer esa acción. Nuevamente, los compases de su corazón aclimatizaban la escena en pura tensión. Su oído agudizado percibía los pasos que provenían de la escalera adjunta a la habitación. La incomodidad era tanta, sumergida en esa parálisis reconoce la llegada del ente que producía los pasos y podía percibir cómo se abalanzaba a él con fervor.

En el último suspiro, creyendo lo peor, un final de su vida, lo sorprende, volver en el instante a abrir los ojos y estar recostado en la habitación nuevamente.

Los días de los viajes en el parque

Vicente Jalil

En el 2012, yo era un chico de apenas 13 años. Estaba en mi segundo año del Bachillerato de Bellas Artes. Al ser un colegio chico y con gran carga horaria, las relaciones interpersonales trascienden a tus compañeros de aula y también a los de tu año.

Ese año comencé a hablar seguido con una chica un año mayor que yo. Los tiempos eran distintos, se conversaba mucho por *Facebook*, y mi timidez (mucho mayor en aquellos tiempos a la que me invade ahora) me impedía mantener charlas prolongadas en persona.

Pasaron más de tres años donde no hablábamos. Los sentimientos de aquel entonces eran ya una incógnita. Para ese entonces yo ya llevaba un año tocando con cuatro compañeros en una banda. Tocábamos, generalmente, en centros culturales, y fue en agosto del 2015 cuando le consulté a una amiga en común, si esa chica de hace tres largos años pensaba ir ese fin de semana a vernos tocar. La respuesta fue afirmativa, no voy a negar que esa noche me volvió al cuerpo el alma de ese chico tímido de 13 años.

A partir de aquella fría noche de hace casi 4 años, comenzó una relación que se formalizó en octubre, después de una cerveza frente al lago del Parque Saavedra y con un disco de Cerati de por medio.

Las idas y vueltas, el desgaste marcado por el destrato que quizás no reflejaba el interés por mantener la relación, son los detalles en los que pasado tanto tiempo uno prefiere no ahondar. Parece más sano o fácil pensar en los momentos buenos, hoy poder conversar y reírse de aquellos momentos. Porque son esos los momentos que se refleja cuando veo el mejor regalo que me hicieron, el vinilo de mi banda favorita en octubre de 2015.

Decisiones

Melisa Llaury

Fueron las típicas miradas y las típicas sonrisas, pero mi filosofía sostiene que se comienza con una amistad para entender si es lo correcto o no.

La primera vez que vino a casa fue todo lo que mi familia pudo esperar y en lo cual se regocijaba: un chico amable, respetuoso y con una postura política que pudiera compartir con mi familia. Así es que mi papá estaba encantado, a mi mamá no le

molestaba y a mis hermanos no les importaba. Al principio, me pareció maravilloso que todo saliera lo que puede llamarse, “bien”, pero al pasar unas semanas, mi cabeza no me dejó en paz. Su mayor argumento consistía en el problema que yo nunca había coincidido con mi padre en nada, todas las decisiones que había realizado a lo largo de mis 16 años y ya me había dado cuenta lo feliz que me hacía de alguna manera están en desacuerdo con él.

Comencé a preocuparme de no estar haciendo lo que era mejor para los dos; yo entendía que no era correcto estar juntos, pero aún así llevaba adelante la relación sabiendo que terminaría, eventualmente, en una miseria. Pensarán que estaba loca por pensar la relación con tanta seriedad de un chico de 17 y una chica de 16 años, pero para mí se trataba de una pérdida; de perder días de felicidad y darle lugar a la incomodidad. Y de moverme rápido para enfocarme en aquello que me haría feliz.

Fue en mi casa; no hubo llantos. Sólo una charla muy tranquila lo que demostró que no significaba nada. Todavía mido mis decisiones en base a lo que mi padre piense al respecto.

El barco

Lautaro Lugones

La situación era alarmante. Caos, gritos, desconcierto y confusión. Muchedumbres amontonadas correteaban de aquí para allá desesperadamente, sin saber bien qué hacer. Humo, niebla y neblina, tres factores problemáticos para divisar con claridad las distancias, el Norte, el Sur, las mismas personas. Los grandes mástiles ubicados en el eje central de la embarcación eran los únicos indicios para poder ubicar proa y popa, aunque en ese momento las certezas eran pocas.

Se despertó de repente, casi de casualidad, envuelto en una resaca que le producía una confusión que le dificultó el entender lo que estaba pasando. Lo último que recordaba eran imágenes de la noche anterior, de madrugada, en el bar del barco bebiendo su octava o novena Margarita, para luego emprender el regreso a su habitación (hecho que no recordaba). Creía haber caído en el sueño, por la incomodidad que sentía en su cuerpo producto de haber dormido en una mala posición y aún con la ropa puesta.

No lo había despertado el griterío, digamos que dormido lo escuchaba pero su sueño era tan pesado que aquel bullicio no había interrumpido su descanso. Tres golpes secos en la puerta fueron necesarios, seguido de una voz que clamaba: “Señor pasajero, le rogamos abandone de inmediato este camarote”. Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue el humo filtrándose por debajo de la puerta de manera amenazante, que lo hizo inmediatamente saltar de la cama. Allí fue cuando realmente dimensionó que algo serio ocurría, y emprendió camino hacia los camarotes de sus amigos: todos vacíos.

La desesperación comenzó a invadirlo, veía gente gritando, corriendo, llorando, pero todos extraños, ninguna cara le resultaba conocida. Subió las escaleras atiborradas de hombres, mujeres y niños en completo estado de caos, hasta llegar a la línea de flotación. Ahí entendió de dónde provenía el humo: se estaba prendiendo fuego parte de la estructura que contenía un conjunto de camarotes y una estructura decorativa de madera muy poco oportuna allí en ese momento. Justo cuando la incertidumbre, desesperación y bruma comenzaban a agobiarlo, divisó que los últimos botes salvavidas estaban zarpando, desbordados de gente, entre ellas su grupo de mejores amigos. “¡Dale Lau, apurate! ¡Dale que se prende fuego!”.

No llegaba más. Se despertó.

Más tememos más queremos

Bautista Maitini

Todo tipo de caras se veían en el Banco Nación. La fila en 7 y 48 era inmensa y algunos se encontraban impacientes por la situación, ya sea por el martirio de saber que ese dinero se iba a esfumar de inmediato pagando la luz por la alegría de juntar toda la plata necesaria para sacar su quinto pasaje a Roma.

Inquietos se los veía al empresario y al diputado al fondo de la cola, cada uno llamando con sus celulares de última generación a sus jefes para avisarles la tardanza que sufrían. Para colmo el clima era agobiante, los rayos de sol impactaban en sus costosos trajes de marcas de la elite. Esto sumado al carácter arrogante de ambos dio como resultado que el diputado trate de colarse. El

empresario, que estaba detrás de él, comenzó a imitarlo buscando sacar ventaja del momento.

A todo esto, la gente comprendió lo que querían hacer y comenzaron a empujarlos hacia atrás mientras discutían con ambos. Entre la multitud se encontraba una mujer que reaccionó golpeándolos en el pecho al grito de “Lacras, tengo que darles de comer a mis hijos y ustedes cagándose en la gente del pueblo”. El alboroto crecía más y más a tal punto que una monja que se situaba en la mitad de la fila sacó su rosario y empezó a rezar para que lo que estaba ocurriendo no pase a mayores.

Finalmente eso no sucedió debido a que la policía tuvo que intervenir, deshabilitando la cola por el resto de la tarde. Quien se vio más afectada tras lo sucedido fue la mujer que estaba primera en la fila y tenía una sonrisa de oreja a oreja, puesto que un nuevo Audi iba a incorporarse a su gama de autos. El hecho acontecido la dejó devastada, echándose a llorar con una gran angustia pensando lo injusta que era su vida.

Para concluir, cada uno volvió a su rutina, enojados. El empresario y el diputado se fueron en auto, la mujer rica llamó a su chofer porque estacionó el coche en un lugar no permitido y una grúa se lo llevó. Y la monja junto a la señora del barrio fueron a sentarse a la parada de colectivo más cercana.

Horizonte extraviado

Laura Melo

Se encontraba Laura caminando por la calle; a cada paso que daba se creaba un eco por la vacía que estaba. Era tarde y se podía sentir en la piel y en la ropa la humedad de la neblina.

Tenía la sensación de estar siendo observada, empezó a apresurar el paso. Después de haber caminado al menos diez cuadras, llegó al portón de su casa y comenzó a buscar las llaves dentro de su bolso, estaba nerviosa y le sudaban las manos, le parecía que el tiempo pasaba muy despacio. Las pudo encontrar y al abrir la puerta lo único que podía distinguir era la luz de su habitación ubicada a lo largo del pasillo, el cual recorrió perdiéndose en la oscuridad que le daba un aspecto

tenebroso a su casa. Cruzó el umbral de su pieza y empezó a observar que en lugar de paredes el lugar parecía más una gran jaula para aves, de rejas blancas.

Afuera se podían ver árboles petrificados de diferentes tamaños, cada uno con una lechuza blanca parada en la cima, Laura sintió como empezaban a sudarle las manos de nuevo.

De un momento a otro, una de las lechuzas sale a volar y al instante, cayó muerta de un disparo. Ella no entendía lo que estaba pasando, podía escuchar su corazón latir en su cabeza, tenía la seguridad de que si alguna lechuza lograba alzar vuelo algo malo podía suceder. Cuando volvió en sí se dio cuenta que una de las lechuzas se dirigía hacia ella a gran velocidad y sonó otro disparo. En ese momento, Laura despertó confundida por el extraño sueño; sudando frío tomó un vaso con agua que tenía al lado de su cama y cuando el último velo del recuerdo dejó de nublar su mente, trató de dormir de nuevo sin saber qué nueva pesadilla le esperaba.

Viaje por los bosques de la mente

Carola Molina

Hacía poco la lluvia había cesado. El pasto estaba empapado y hacía ruido al pisarlo, los zapatos se les llenaban de barro patinoso del que emergían. Estaban cansados de caminar, las piernas les pesaban y la densa población de árboles les quitaba el poco aliento que quedaba; habían caminado unos cuantos kilómetros sin ver nada más que la alfombra verde de la que se elevaban troncos anchísimos, tan altos que parecía que el cielo los absorbía.

Pero aún peor que la incertidumbre sobre lo que podrían encontrar, o lo que podría encontrarlos a ellos era la idea de estar solos y perdidos en medio de ese bosque espeso por la noche, cuando la oscuridad ocultara más que lo que los árboles. Aún sin rumbo, caminaban.

La más joven en ese grupo de personas era una muchacha de quince o dieciséis años. Ella trataba de seguirles el paso pero la humedad en el aire hacía difícil la respiración, se mantenía a veinte pasos atrás, levantando con fuerza las piernas entre los yuyos inmensos que nacían de la tierra. No podía ver el cielo, solo hojas y ramas, pero oía los gritos de las aves, arrancándose las plumas por comida.

Un ruido agudo y corto, pero alarmante, le hizo volver la vista, todos los músculos de su cuerpo se tensaron, dejándola tiesa como los troncos. No alcanzó a ver nada.

El ruido hacía eco en su memoria, pero por fuera de su piel el bosque estaba más silencioso que nunca. Sólo su respiración quebraba el silencio en medio del suspenso.

De pronto advirtió que no sentía los pasos de sus compañeros. Giró la cabeza con un movimiento apresurado y nervioso, vio la extensión de la misma cortina verde. Por ningún lado veía a nadie y le hicieron perder el sentido. La desesperación la consumía por dentro, pero ella permanecía inmóvil, notó que era en contra de su voluntad. Entonces volvió a escuchar los sonidos de los pájaros, que se escuchaban cada vez más fuertes. Los sentía alrededor de su cabeza como si se estuvieran metiendo en sus oídos, ensordecedores, desesperantes.

Sintió un pinchazo perforándole la nuca y de un arrancón se desprendió todo en el mismo instante. El dolor y los ruidos la distraían de los rasguños que le hacían las ramas peladas, de esas que se encuentran en lo más alto de los árboles.

De repente, la vista se aclaró, podría ver la cúpula azul enroscándose por sobre las hojas que de día recibían el más ardiente calor del sol. Sentía que se alzaba hacia el cielo, como si la succionaran pero de forma muy lenta, apenas perceptible.

A la distancia, parecían inalcanzables un grupo de personas caminando con letargo por el infinito bosque, que se extendía hasta donde llega la imaginación. Eso ya no le importaba, ahora pertenecía a la espesura de su sueño

Una trágica escena

Natalia Mora

Era un domingo trece de mayo, al día siguiente iba a cumplir 20 años y estaba organizando una fiesta para festejar. Viajaba en el auto, yo era copiloto y mi novio manejaba, la ciudad estaba casi vacía porque era un día para descansar.

Pasamos en un semáforo y yo me quité el cinturón de seguridad por medio segundo, eso me costó la vida. Ahí estaba yo con la cabeza rota, llena de sangre. Escuchaba a mi novio llorar a mi lado diciendo que todo era su culpa. Obviamente no era así, un trailer nos impactó por atrás, el chofer estaba ebrio y se había dormido.

Podía oír a la policía hacer preguntas y a los paramédicos hablar entre sí, lo que escuché me dejó impactada, murió al instante, dijeron. Todo se puso negro y pasó

mucho tiempo para volver a observar lo que pasaba, podía ver a mi hermano llorando y echándome mi perfume favorito. Yo llevaba puesto una blusa blanca y un pantalón liso del mismo color. Llegó mi papá y llorando me puso una rosa roja en las manos, eran mis favoritas.

Veía a mi familia sentada vestidos de negro y tomando café con las galletitas clásicas e insípidas que dan en los funerales. Mi novio consolaba a mi mejor amiga y a mi sobrina, traté de tocarlas pero fue en vano.

Podía sentir como se acercaban al cajón llorando, mi mamá me acarició la cara y me dio un beso en la frente. Sentí el contraste que hacía mi cuerpo helado con sus manos cálidas, era evidente que ella sí estaba viva.

Llegó el momento que más odiaba de los funerales y es el paseo por el barrio donde vivís, como si todos se quisieran enterar de tu muerte. De repente, vi todo negro y olía a tierra, sabía que era el momento ese tan horrible donde te entierran. Así fue mi muerte, algo trágico por una persona imprudente.

¿Mi peor miedo?

Constanza Nicrosini

La familia estaba tranquila, como un buen domingo, todos se reunieron en la quinta de los abuelos de Cony, el sol se estaba poniendo y la noche asomaba, el cielo se pintaba de rosa y anaranjado, dejando ver, un azul oscuro, semejante al negro. El aroma, haciendo honor a su estación, era delicioso, fresco y dulce.

De repente, la paz se vio interrumpida por personas desconocidas a la familia, eran hombres que parecían monstruos vestidos de negro, intrusos que de alguna manera habían logrado vencer los muros que rodeaban el predio y con armas amenazaban la vida de los que allí se encontraban. Con brusquedad y aparente nerviosismo tomaron al padre y a la hermana de Cony y se los llevaron a la casilla que se encontraba a unos 15 metros de donde el resto estaba. En aquel momento empezó el verdadero terror.

Estos ladrones, o asesinos, nadie lo tenía claro, no paraban de gritar, elevaban su voz y decían cosas, que por lo menos para Cony, eran imposibles de comprender, para ella no eran más que balbuceos sin sentido, pero que a su vez, la asustaban y

mucho, su corazón iba a mil por hora, y las lágrimas, al igual que a sus familiares, no le dejaban de caer.

De un momento a otro, el aroma antes lindo y embriagador se vio invadido por humo. Humo negro que no dejaba respirar con normalidad. Pronto, la familia comprendió que las llamas provenían de donde padre e hija se encontraban, la casilla se estaba incendiando y nadie hacía nada. Todos comenzaron a gritar, a alarmar a los vecinos con la esperanza de un rescate. Cony, por otro lado, quería correr, correr y ayudarlos, ser útil para su papá y hermana, pero le era imposible, algo invisible la detenía, no podía mover ni un solo dedo. En su incapacidad y frustración, comenzó a hiperventilar, estaba cerca de un ataque de pánico cuando se levantó toda sudorosa, agitada, y con una gran angustia. Miró para todos lados y comprendió que todo había sido un sueño, estaba sana y salva en su habitación.

Una luz infinita

Paula B. Ojeda

Cuatro pinos, dos robles, cinco sauces y muchos arbustos era todo lo que se entretenía viendo y contando esta joven mientras atravesaba, con su familia en el auto, aquella carretera que parecía eterna y consumida por la oscuridad, la niebla, el silencio y el vacío que abundaba en la calle a esa hora de la noche. Ellos estuvieron un extenso período de tiempo viajando, ya que su casa se encontraba bastante alejada del ruidoso y llamativo centro de la ciudad; luego de un rato llegaron, finalmente, a un Mc Donalds donde decidieron sentarse y comer.

Fue en aquel momento, cuando en medio de todo el bullicio de gente en el negocio, la chica escuchó a la distancia un estruendoso ruido, entonces, se dio cuenta de que todos en el lugar habían quedado paralizados, como si el tiempo sehubiese detenido para ellos, para todos excepto para la joven y para el causante del ruido, a la que la pequeña decidió voltear a ver.

Fue luego de esta acción que el corazón de ella se detuvo un momento para luego comenzar a latir a toda velocidad, su respiración se agotó, su cuerpo en un principio se tensó y después de esto empezó a sudar y temblar de una manera incontrolable. ¿Qué le hizo reaccionar así? Pues que al alzar la vista, lo primero que llegó a divisar fue a un hombre con una máscara de animal tapando su rostro, con

el cuerpo cubierto de sangre que parecía tan fresca que daba la impresión de que hacía un momento había asesinado a algún desafortunado. Este hombre llevaba un filoso cuchillo en su mano e iba corriendo hacia la joven, ella, con la poca capacidad de reaccionar en aquel momento, huyó lo más rápido que pudo, sin mirar atrás, gritando lo más fuerte que su garganta le permitía, pidiendo ayuda en un lugar repleto de gente estática que parecía estar fuera de su ser, inconsciente, perdida en el tiempo.

La chica, de repente, logró salir del establecimiento, quien sabe cómo, topándose, sin darse cuenta, con la entrada de un cementerio. El lugar era tenebroso y sombrío, lleno de cuervos colgando en los árboles, con puertas y rejas que rechinaban por lo oxidadas que estaban; allí comenzó a sentir un fuerte olor a pasto húmedo y flores secas y marchitas por el horrible clima de aquel invierno. La joven espantada por el terrible ambiente que veía, estaba por comenzar a correr otra vez cuando de repente una luz blanca comenzó a brillar haciéndose cada vez más grande hasta apoderarse de toda la escena. La chica sintió que comenzaba a flotar, le faltaba el aire, no estaba respirando, no sentía su cuerpo, algo la estaba consumiendo. Y entonces, despertó.

Extraños que ríen

Rocío Olivera

A través de sus ojos, solo ve luz y la sigue. Camina lentamente por lo que parece un pasillo sin fin. Las paredes se vuelven cada vez más angostas y puede sentir su textura, suave pero fría. La luz crece de pronto y da cuenta de que ha llegado al final.

Se asoma y su mirada se cruza, para su sorpresa, con varias personas de su círculo íntimo. Suspira de alivio, pero hay algo que no está bien: la miran con desprecio y no encuentra el motivo.

Se mira las manos sin pensar y recorre su cuerpo. Siente un frío que le congela los huesos, y nota con desesperación que se encuentra desnuda frente a todas esas personas. Intenta taparse con sus brazos sin éxito. Quiere gritar, pedir ayuda, pero su voz no responde. La gente que la rodea susurra y no puede entender lo que dicen.

Mira a su alrededor. La habitación no tiene límites, parece extenderse hasta el infinito. No puede escapar. Las personas visten abrigos y ella siente cómo el frío penetra cada vez más su cuerpo.

De pronto, se filtran en la escena más y más sujetos. Divisa algunos rostros conocidos, pero en su mayoría son simples extraños, y se ríen. Se ríen tan fuerte que sus allegados comienzan a reírse también. Se ríen de ella, y sus risas rebotan por toda la habitación, volviéndose cada vez más graves y más fuertes hasta ensordecirla y sumirla en la desesperación.

El eco en su cabeza es insoportable, exasperante, y perdura unos largos minutos a pesar de haber despertado bruscamente en medio de un grito ahogado y sudor frío.

Propósitos de vida

Axel Pereyra

¿Por qué las personas tienen hijos? ¿Todes estamos seguros de afrontar tan importante responsabilidad? Tengo una hipótesis a medio armar en donde supongo que el instinto que tiene el ser humano de hacer todo lo posible para que sus genes se propaguen a lo largo del tiempo, lo inhiben de su razonamiento. También influye la falta del sentido de la vida. Un hijo puede ocupar muy bien ese hueco. Existen tantos casos de parejas que deciden tener hijos para, consciente o inconscientemente, hacer de ellos su único propósito en la vida que hacen pensar que hay un factor común presente en la mayoría de los casos.

Tengo ganas de que mis papás se den cuenta que el ser el único propósito de sus vidas, aunque suene muy lindo, puede ser contraproducente, tanto para mí, como para ellos. Están tan pendientes de mis acciones que no dan lugar a la libertad de las mismas. Pero ¿Cómo hago para que se den cuenta de ello sin abordarlo directamente? Porque, vamos, es un tema sumamente complejo y con una carga sentimental muy grande.

Realmente no sé qué hacer, podría actuar de la misma manera que actuarían ellos con un poco de exageración con el objetivo de que les sea más fácil notarlo y de ahí poder generar un debate con ejemplos más recientes. Podría cuestionar el manejo

de su dinero y su inversión. Interviniendo en ámbitos en donde solo se permite su juicio y donde mi intervención sea cuestionada. Trataría de que lleguen a los mismos cuestionamientos que estoy teniendo para que la empatía sea mutua.

La mujer también es un ser humano

Valeria Poiré

Denigradas y ridiculizadas. Histéricas y débiles. Madres y educadoras. Todos sinónimos que se han desarrollado a lo largo de la historia para definir lo que es ser mujer. Sumisas e inoperantes. Sensibles y frágiles. Podría saturar la hoja de palabras que han desvalorizado y humillado el carácter femenino a lo largo de los años. No obstante, en tiempos de transformación, me inclino por celebrar aquellas batallas ganadas y definir lo que falta construir.

Hemos heredado una carga monstruosa en nuestras espaldas: la historia del siglo XX con sus desdichos, matanzas y armas que se nos han puesto en contra. A partir de las peores calamidades, motorizadas por la ambición, el egoísmo y el individualismo, reconoce la figura de la mujer. No solo como funcional a la estructura social, sino como su resistencia, y es por eso que estamos hoy luchando. Lamentar es necesario en tiempos de memoria, sin embargo debemos inspirarnos en el pasado para determinar nuestro porvenir: el futuro feminista.

La historia sirve para ver procesos y avances, giros y rupturas. Sería ilógico creer que el mundo contemporáneo es arbitrario o contingente. La discusión feminista de la actualidad no se presentó ayer, sino que surgió de aquellas mujeres representadas por los sinónimos del principio. Aquellas que han sido apuntadas con el dedo como inferiores, flojas y enfermizas. Aquellas que fueron invisibilizadas, alienadas de su voz y voto. Mujeres que han sufrido la peor de las desgracias: ser ignoradas.

Por eso marchamos hoy. Por igualdad de derechos y oportunidades. Por el reconocimiento de nuestro voto y opinión. Por la representación femenina y la no humillación. Somos las mujeres del siglo XXI las que continuamos con la lucha de aquellas que la han comenzado y han dejado su vida. Las reivindicamos, admiramos y retomamos para sentirnos afortunadas de tener un sendero más fácil. Queda mucho por transitar, mucho por demandar y muchos ojos por abrir.

Esa es la razón que nos reúne, nos motiva y nos empodera. Se lo debemos a nuestras compañeras del pasado, a nosotras mismas hoy, y a aquellas que disfruten las consecuencias de nuestras disputas en el futuro.

Persecución

Inti Puchetta

Ella caminaba por la ciudad en una noche oscura, cuando sintió algo extraño en el aire. No sabía qué era, o de dónde provenía. Siguió su trayecto sin darle importancia, pero esa sensación extraña seguía, ahora en su cuerpo. Un intenso sudor frío corría por su espalda, y esto pasaba cuando algo desagradable se aproximaba.

Las calles, ya vacías, comenzaron a destilar ese agrio y ácido olor a basura. Esto significaba que esos asquerosos roedores ya se aglomeraban debajo de los puestos de diarios. Sus colas largas eran lo que le daban más asco. Nunca había tocado una rata, pero sabía que sus pelos grises y negros no eran algo agradable.

Empezó a caminar mucho más rápido, con el corazón y la respiración agitada. Como siempre le pasaba en sueños, su paso no era ligero aunque lo intentara.

Los ratones salieron de su escondite y comenzaron a seguirla. La joven quería correr, pero sus piernas se sentían cada vez más pesadas. Cayó al suelo, empapada de sudor y el temblor en sus manos demostraban el miedo más profundo. Trató de incorporarse, pero ya era tarde, una cantidad atroz de ratas se le subieron encima. Solo pudo sentir ese olor a basura y las colas largas por todo su cuerpo.

Seamos tres en el entierro

Mara Quiroga

Son lágrimas las que caen fuertemente sobre el roble oscuro, cómo me solía denominar el psicólogo. Mis escasas ganas de vivir culminaron por completo de una vez por todas. Hoy son pocas las personas que se encuentran aquí, en esta clase de melancólico parque. Todos dicen amar el verde del pasto y los árboles, sin embargo este no es el típico lugar bello para tomar mates bajo la sombra y charlar. En efecto, lo contrario.

En esta ocasión las personas presentes visten con ropa seria y parecen llevar consigo una absurda carga de remordimiento por su actuar. “Hoy ya es tarde para ayudarla” se puede escuchar entre sollozos, los cuales no comprendo en su totalidad. Los mismos sujetos que tan solo me observaban al llorar, sin producir ningún accionar, hoy están junto a mí. Esto es completamente ilógico, me repito una y otra vez.

Mientras tanto me apeno por mi madre y hermana. Dos personas poco demostrativas se caen a pedazos por mi culpa. Sólo volvería a pedirles perdón por no ser tan fuerte cómo me lo exigían. De igual manera el tiempo ya colapsó. Las personas tienen muchas caras, y comprenderlo me llevó al fin de esta vida. En este momento tendría más paz con solo ustedes dos, excluyendo al resto que tan mal me ha hecho.

Se escucha caer la tierra sobre mí, como también la voz de un desconocido que le solicita a un ser superior guiar mi camino. Tanta hipocresía nos acompaña hasta este último momento.

Decaer es fácil en este mundo repleto de odio. No todos logramos sobrevivir. Mi último deseo es estar con ellas dos, juro luego cumplir con su nueva petición de descansar en paz.

Un cigarrillo y un café

Javier Esteban Ramírez Beltran

Llegaba ya la hora de dormir en la casa de Javier y sus padres aún se encontraban en el último piso de la casa, fumando y tomando café, algo rutinario para ellos. Luego de acabar el cigarrillo, bajaron a su cuarto a dormir, pero después de un buen rato acostados la madre de Javier recordó que no habían cerrado la puerta de la terraza y llamaron a Javier para que este la cerrara.

Javier tenía mucho sueño y les dijo a los papas que él la cerraría, pero no lo hizo, se volvió a acostar y luego de estar dormido tuvo una horrible pesadilla. Unos hombres armados y encapuchados entraban a la casa por la puerta que él no había cerrado, el perro los alertó de lo que estaba sucediendo y su padre muy asustado se levantó de la cama, tomó un cuchillo que tenía en la mesa de luz y así salió a ver qué pasaba. Al cruzar la puerta de su habitación, se encontró con un ladrón de

frente y este le propinó un disparo en su pie derecho, luego de este incidente, los ladrones encerraron a toda la familia en un cuarto amarrados.

Los ladrones procedieron a desocupar la mayoría de la casa, después de que estos se fueron de la casa la mamá empezó a echarle la culpa a Javier de todo y lo echó de la casa, Javier tomó sus cosas y antes de cruzar la salida despertó muy sudoroso y asustado.

Parálisis

Justina Rodríguez Grau

La cama estaba fría y los segundos se hacían eternos. Una presencia la observaba y ella no podía moverse, estaba petrificada. La situación la desesperaba por completo, nunca había sentido tanto miedo como ese día.

La imagen era terrorífica, Justina permanecía inmóvil, pero por dentro la exasperación la consumía, podía sentir cómo el mundo se expandía por sus venas frías. Ella intentaba moverse, y gritar con todas sus fuerzas, pero los gritos no salían, y quedaban prisioneros en su garganta, y su cuerpo seguía rígido, empostrado a la desamparada cama.

Luego de numerosos intentos, logró tirarse de su lecho, habitando un nuevo escenario, el suelo, que se sentía aún más frío y espeluznante que el anterior. Fue entonces, cuando quedó de frente con la funesta presencia, era una mujer delgada, vestida con túnicas blanquísimas, que hacían juego con su pálida piel.

Esta la observaba con una mirada petrificante que a Justina le producía pánico, se sentía tan indefensa, como nunca antes lo había experimentado.

Cuando parecía que la situación no podía ser peor, la mujer se multiplicó en cientos de mujeres, que se fueron desparramando una a una sobre el desamparado cuerpo estático de la joven. Fue en ese momento en el que su corazón se detuvo, ya no podía sentir más presión en su frágil pecho, que acababa de explotar por el peso de cientos de cadáveres.

Un viaje para el olvido

Valentina Scalcini

Nos fuimos cinco días a Necochea, con mi mamá y amigos de ella, éramos cinco en un pequeño auto, todos entrábamos apretados e incómodos. El viaje duraba cuatro horas y entre la incomodidad del espacio y los gritos de todos, lo único que pensaba era en llegar. Demoramos un tiempo más por problemas mecánicos, teniendo que parar y buscar ayuda en un pueblo del camino. Por suerte, lo pudimos solucionar y seguimos.

Después de todo llegamos, yo ya me encontraba más animada por los días de playa y vacaciones, que hacía mucho no compartía con mi mamá. Entrando a la ciudad, el día comenzó a nublarse, mirar el cielo era mirar un manto uniforme de nubes grises que parecían estar llenas de agua y esperaban el momento justo para soltarla. No duró mucho sin que así fuera. Abrimos la puerta del departamento en el momento justo en que comenzó la tormenta, en ese instante supimos que ese día no íbamos a ir a la playa.

Al entrar al lugar, quedamos impresionados ante el desorden que había, botellas vacías y medio llenas tiradas por todas partes, colillas de cigarrillos, comida desecha, olores tan penetrantes que se mezclaban y no podíamos identificar a que eran. No dijimos nada, comenzamos a acomodar y tratar de ponerle ánimos.

Al día siguiente, fuimos a la playa, el clima no era el ideal, pero las ganas y el entusiasmo podían más. Llegamos a tocar la arena cuando el viento azotó nuestros cuerpos llenos de arena y frío. Insistimos en quedarnos metiéndonos igual al mar con dos o tres personas más que ya estaban dentro. Sin embargo a la hora desistimos y regresamos al departamento.

Tercer día, como era de esperar, amanecí enferma debido al frío que pase el día anterior. Con vómitos constantes y picos de fiebre pase el resto de las vacaciones.

Volvimos unos días antes de lo planeado y todos coincidimos en algo: fue un viaje para el olvido.

El poder de las mujeres

Antonella Urralburu

¿Por qué intimidan las mujeres poderosas? ¿Cuál es la razón por la que los hombres, la hegemonía y el status quo se encargaron de relegarnos a un segundo plano a lo largo de la historia?

El mundo está cambiando, pero no es suficiente. Hoy las mujeres ocupamos espacios que quizás hace años ni se nos hubieran ocurrido ocupar. Cada vez son menos las gobernadoras del hogar y más las gobernadoras de las calles, prendiendo fuego y haciendo arder las estructuras que nos mantuvieron calmas.

Detrás de todo hombre hay un montón de mujeres a las que no les dieron el lugar para despegar. Nosotras ya no toleramos su siniestra moral, no nos amedrentan más y no van a tener la comodidad de nuestro silencio. Ya no permitimos que nos metan en su molde, estamos juntas y somos más fuertes. Por eso tienen miedo.

Rompimos las cadenas y temes que tomemos venganza, que hagamos con ellos lo que ellos hicieron con nosotras. Miedo a que les arrebatemos todo, que seamos nosotras quienes decidamos esta vez quien merece piedad y quien merece vergüenza.

“Porque al fin y al cabo el miedo de la mujer a la violencia del hombre es el espejo del miedo del hombre a la mujer sin miedo”, me cuesta encontrar palabras más claras que las de Galeano para expresar lo que quiero decir. A los hombres no les gusta imaginar que se termina el medioevo.

¿Por qué tanto miedo al feminismo? Porque es libertad, es revolución, es poder.

Temprano desconcierto

Delfina Venece

El ramo de jazmines entrelazado en mis manos irradiaba un aroma fresco y primaveral que me remontaba a los domingos en la quinta de mi madrina.

Los recuerdos aparecían borrosos en mi mente, no lograba comprender dónde estaba ni cómo había llegado hasta ese angosto e incómodo ataúd. De repente, un golpe suave contra el féretro interrumpió mis pensamientos. Era mi hermana, que cubría su voluptuoso cuerpo con vestimentas negras y sus características zapatillas color rosa. Su joven rostro denotaba largas horas de llanto, y las lágrimas que seguía derramando expresaban una profunda tristeza.

Por detrás de ella, pude percibir a mi madre. Destrozada, y aún desconcentrada por el temprano e inesperado accidente que le había arrebatado la vida de su amada hija, casi no podía mantenerse en pie. Ambas mujeres se lamentaban frente a la imagen de la joven, frente a mi imagen.

Más alejado de la caja de madera que limitaba mis movimientos, sentados en una esquina del salón velatorio, se ubicaban mis dos abuelas y mi abuelo. Podía sentir el perfume favorito de una de ellas desde mi lugar. Los tres se aferraban profundamente a un rosario, y repetían una y otra vez el Ave María. Esperaban impacientes la llegada del sacerdote del pueblo, que vendría a dar la extrema unción a su nieta.

Apartados de la escena, dispersos por el pasillo de la casa velatoria, podía oír a mi padre, mis tíos y primos. Comentaban e intentaban encontrar una explicación ante el suceso que había desestabilizado sus vidas. Como era de costumbre, no conseguían bajar el volumen de sus potentes voces y sus conversaciones inundaban el silencio del espacio.

Sin embargo, no percibía la presencia de las personas más indispensables, mis amigos, ¿no habían llegado aún? Justo en ese momento logré escuchar a una de mis primas decirle a mi padre que ellos, mis compañeros de vida, habían estado afuera del lugar toda la noche, pero ninguno había obtenido el valor suficiente para despedir a su gran amiga. Preferían permanecer con su imagen vívida y feliz.

Campamento abandonado

Nazira Viera Bañay

Entre amigos y risas, así pasamos la semana completa. Todo era muy bueno y hace tiempo que no salíamos de vacaciones.

Ya de noche, luego de un día de excursión por los senderos de Tabay, decidimos cocinar un poco y jugar a algún juego tranquilo. La mejor idea de Mariano fue “verdad o consecuencia”.

Nos pareció divertido ya que tendríamos que revelar verdades ocultas o realizar prendas absurdas. Y llegó mi turno, me hicieron la pregunta y elegí consecuencia. No era una gallina para elegir “verdad” solamente. Omar me retó a ingresar al arroyo sola, aunque fuera de madrugada y permanecer ahí diez minutos.

Me quité el vestido y nos dirigimos al borde del arroyo, pero antes de entrar, un grito alarmante se hizo presente en el lugar e invadió nuestros oídos despejando cualquier pensamiento de nuestras cabezas y erizándonos la piel.

Decidimos desviarnos del camino para ver qué había sucedido y porqué, de un minuto a otro, el alarido había desaparecido. Era una mujer quién yacía en el suelo, al parecer, sin vida. No tenía una herida a la vista y no parecía golpeada. Se veía frágil, sin color en la piel y el cabello largo le caía sobre el rostro.

Nos quedamos helados y sólo pudimos atinar, después de quedarnos sin reacción por varios minutos, a volver al campamento en busca de ayuda. Pero eso no sucedió, el campamento estaba vacío como si nunca hubiera habido alguien ahí. Al no encontrar ayuda volvimos al lugar donde encontramos a esa mujer, pero esta vez ya no estaba. Ella tampoco estaba.

Nos quedamos todos juntos hasta el amanecer, juntando nuestras cosas y marchándonos del lugar. Nunca supimos qué pasó realmente ni volvimos al lugar aún cinco años después.

Corazón de telgopor

Jesica Villalba

Cuando yo festejaba mi primer año de vida, a casi 2000 km. de distancia Cristian tuvo el tupé de nacer en ese momento. Quiero suponer que nadie en este mundo, tenía la certeza de que nuestras miradas se iban a cruzar de la manera en que lo hicieron muchos años después.

El simulacro de amistad se rompió un día de lluvia frente a una iglesia, sentados en la vereda. Fue en ese momento la primera vez que sus labios y los míos se devoraron, lenta y dulcemente. Se hizo costumbre viajar de mi pueblo al suyo constantemente, como lo es la caída de las hojas amarillentas en otoño, ¿Cómo no hacerlo? Si sus ojos que cambiaban de color eran magia, una maravilla. Los míos brillaban con tan solo pensar en su olor.

Admiré y admiro profundamente su manera de amarme, su valentía y fortaleza. Todavía hay noches que sueño con su insistente manía de acariciar mi piel, mi cuerpo siente escalofríos con solo imaginar las repetidas veces que me contemplaba al dormir, y me despertaba con un ataque furioso e infantil de besos.

Aunque el tiempo pasó y tomamos caminos distintos sigo, aún hoy, pronunciando su nombre acompañado de una enorme sonrisa, que por cierto le parecía hermosa, o bonita, como solía llamarme.

Percibir todo

Ángeles Zarate

Son las 15:30, empecé a sentir cada vez más frío y los músculos relajados. Escuché unos pasos acercándose, era mi tía Marina, se acerca para despedirme llorando. La reconocí por su perfume, tan dulce que se me hubiera revuelto el estómago de aun seguir contando con vida. Volcó en mi frente un beso tibio, y al separar su rostro del mío, dejó caer una fría lágrima sobre mi mejilla derecha, que se desplegó hacia abajo hasta llegar hacia mi oído. Allí sentí cómo se escurrió en él, asocié ese resbalar con las cascadas.

De repente, sentí un aroma tan agradable que invadió toda la sala y llegó a mí. ¡Café! Es el café esa fragancia que me endulza el alma.

Percibí un llanto desolador, no logré desentrañar quién es. En medio de los murmullos y gritos, lo sentí cada vez más cerca y pasos firmes que lo acompañaban. ¿Por qué? ¡Eras tan joven y buena compañera! Expresó con dolor. Ahora sí, reconocí esa voz. Era Juana, mi amiga de la infancia, con quien jugábamos en el patio de casa. Pero, ¿por qué está acá? Hace años me dejó de ver, y hoy se presentó a mi velorio.

Pasó el tiempo, oí las campanas de la parroquia marcando la hora. ¡Ocho, ocho campanadas! Eran las ocho de la noche, faltaba menos para que terminara el evento.

Se aproximaron mis padres y hermanos, imaginé que lo hacían prendidos de la mano. Besaron mis mejillas y acariciaron mis pequeñas manos.

Cerraron el cajón, quedé a oscuras. Escuché el grito desgarrador, triste y de dolor de mi madre, pero me sentí sin poder hacer nada. En aquella oscuridad y frío del ataúd dormí, para luego encontrarme con mi abuelo en algún espacio del universo.